

Presentación

Existen momentos a lo largo de la historia que a posteriori resultan ser cruciales para el desarrollo humano. Las repercusiones que conllevan determinadas actuaciones, transcurrido el tiempo imprescindible para poder realizar el necesario análisis holístico, las dota de su verdadera trascendencia. Estamos, sin duda alguna, ante uno de estos instantes y la constatación de que efectivamente llevamos unas décadas inmersos en la transición de una era que se agota a otra que comienza, con nuevas características sociales, políticas, económicas y tecnológicas.

El año 2020 va a suponer un antes y un después en nuestra conducta frente a todo lo que nos rodea como individuos, consecuencia de la aparición de una pandemia mundial, la COVID-19. Asimismo va a entrañar una profunda transformación en las formas de comportamiento colectivo, un proceder que desde la agresiva irrupción del neoliberalismo global se ha ido alterando paulatinamente, haciendo que pasemos de obrar como productores sociales a ser meros sujetos consumidores; usuarios de bienes y servicios desprovistos como ciudadanía de nuestros deberes para con el grupo social.

Los experimentos que hemos venido sufriendo desde final de los años 70 del siglo pasado en algunos sectores económicos para ponerlos en manos de las reglas de la oferta y la demanda del mercado, principalmente aquellos que debilitan el Estado del Bienestar, como la sanidad, la educación y los servicios básicos, por citar los más relevantes, han traído una profunda desigualdad en nuestras sociedades, como así atestiguan los datos de pobreza, el grado de salud de los diversos grupos poblacionales o la diferente esperanza de vida dentro de una misma sociedad. Estamos pues en la obligación vital de crear sociedad de forma colectiva, ciudadanía con derechos y obligaciones paritarias. De retornar al sentido de lo común, de la *"res publica"*, de lo que ha demostrado que es lo único que permite tratarnos equitativamente, como también de ser atendidos como iguales ante la adversidad.

Nada de ello es posible si antes no somos conscientes de la importancia de rediseñar y regenerar nuestros núcleos poblacionales, para convertirlos en lugares que posibiliten el espacio procomún. Los asentamientos humanos deben notar las lecciones que nos deja la pandemia mundial y ser reflejo de una oportunidad ganada. Es hora de tender hacia entornos más resilientes, sostenibles y seguros, cambiando drásticamente la forma de concebir el significado y la utilidad de los espacios que habitamos.

Debemos interiorizar el hábitat como un concepto que nos permite definir aquello que nos preocupa, como es la relación entre la sociedad y el medioambiente. El hábitat constituye la dimensión en la que se produce la conexión entre la población y el ecosistema, siendo el lugar disponible y propicio para desenvolvemos como seres vivos. Por ello, las relaciones entre las personas y su

entorno fundamentan el concepto de hábitat. Este ámbito lo podemos considerar bajo varios niveles, como son: el inmediato, la vivienda; el social, los barrios o pueblos; el político, las ciudades o regiones; el económico, la aldea global.

Un entorno que debe ser transformado, rehabilitado o renovado desde otra manera de entender todos los sectores productivos, empezando por el propio de la construcción como motor de la estructura física necesaria para soportar el resto de actividades. Un sector estratégico para nuestra economía que, tras el colapso del 2008, debe mutar para adaptarse a las necesidades y exigencias sociales y medioambientales actuales. Esto permitiría recobrar ese sentido de lo público que comporta una responsabilidad colectiva, apartándonos del individualismo posesivo. Son los sectores productivos los que deben evolucionar para cubrir las demandas de la sociedad y no a la inversa, intentando cambiar las necesidades de la población para condicionarlas al interés del máximo beneficio económico.

El documento que se desarrolla a continuación expone cómo desde el movimiento sindical se aboga por un entorno más humano y sostenible, teniendo al sector de la construcción como eje vertebrador del cual surgen posibilidades de desarrollo económico respetuosas con el medio ambiente, que posibilitan a su vez el crecimiento de otros sectores productivos imprescindibles para el propio devenir humano. Un entorno interconectado donde la utilización de los recursos naturales para la producción de bienes y servicios se realice dentro de una economía circular, donde el valor del uso vaya parejo a la inversión, al tiempo de utilización y a la gestión del consumo.

La rehabilitación, renovación y regeneración, tanto urbana como territorial, responde a la necesidad imperiosa de dar respuesta a los requerimientos que nuestras ciudades actuales ya no son capaces de cumplir. Es decir, crear estructuras que no sólo sirvan para dotarnos de lugares donde vivir, de elementos de transporte, de redes de abastecimiento de bienes y servicios, de más y mejor producción industrial, sino que permitan configurar lugares para convivir, con el desarrollo de derechos, como la atención a la dependencia o los cuidados, y el reconocimiento de otros sectores productivos imprescindibles para lograr este objetivo, como son: la limpieza, el saneamiento urbano o el mantenimiento de las zonas verdes.

En definitiva, una propuesta cuyo fin último es el de convertir los espacios que habitamos en verdaderos lugares de convivencia y posibilidades, sin olvidar que la habitabilidad como meta de bienestar involucra más elementos que los propiamente físicos, pues se añaden cualidades como el desarrollo ético, cultural y científico de las sociedades donde se vive, valores promovidos desde el Instituto de Análisis del Hábitat dentro de la Fundación Primero de Mayo.

Vicente Sánchez

Director del Instituto de Análisis del Hábitat